

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESDE EL EXTRANJERO

Ha sido en España muletilla el clamar que nos extranjerizábamos, que perdíamos nuestro sello castizo, que adoptábamos los estilos de otras naciones. No era muletilla inofensiva, sino mortífera, como la quijada de asno de Sansón; generalmente los que la esgrimían con furia proponíanse estorbar algún adelanto, mantener algún error añejo, apuntalar alguna preocupación ruinosa, á cuya sombra medraban. Y, en pos, innumerable hueste de los sencillos y de los románticos iba por ahí repitiendo á coro que España, ¡lástima grande!, no estaba ya como en tiempos de Nuño Rasura...

Al hacer ahora, en momentos bien amargos, una especie de examen de conciencia nacional y un inventario de las ideas que han circulado é influido más en la orientación de nuestro pensamiento, veo destacarse esa, y me ocurre preguntar: ¿estábamos realmente extranjerizados? ¿Dónde y cómo?

Que algunos aristócratas ó plutócratas monten sus caballerizas á la inglesa; que los pingos se traigan de este coquetón París; que se redacten las minutas de los banquetes en francés y se coma á medio asar el solomillo; que se traduzcan y arreglen á centenares sánetes y melodramas, apenas trasciende en la vida de un pueblo. De las civilizaciones extranjeras nos asimilamos lo insubstancial, el *suero*, cuando nos convenía lo nutritivo, la *nata*. Apropiarse los ideales modernos en lo que tienen de hondo y de serio y de decisivo, no sería *extranjerizarse*, sino *humanizarse*. Adoptar una cultura es *sentirla y vivirla*, como se vivió la cultura helénica y la latina bajo el Renacimiento. Esos héroes y esos sabios españoles de los siglos de oro, que nos parecen tan castizos, eran por dentro muy griegos y muy romanos, y extrañan de sus modelos de la antigüedad, no ya nata, sino medula de león.

Hoy cae en desuso la muletilla; nadie censura el extranjerismo; al contrario. Hasta entre la gente más propensa á criar moho se oyen frases de admiración y de envidia á las cualidades características de otros países y otras razas. — ¡Oh, si fuésemos como ellos!, murmuran con desaliento y pena. ¡Si fuésemos tenaces, previsores, laboriosos, aprovechados, prácticos! ¡Si tuviésemos su organización, sus instituciones, sus costumbres, su constancia, su instrucción y su dinero! — Y la patulea humilde, aquella que sólo sabe que hay patria porque le piden el hijo ó le cobran el tributo aunque no pueda pagarlo, añade bajito cosas todavía más tristes y más recias de oír... Las naciones, que se forman y consolidan por el entusiasmo y la gloria, se disgregan insensiblemente por las decepciones y las nobles aspiraciones fallidas, y llegan á verse, no ya *sin pulso*, sino atacadas de esa gangrena seca en que al paciente se le caen los dedos y ni lo nota...

Ante este nuevo estribillo, que consiste en la proclamación de nuestra inferioridad, me pongo á pensar si mudaremos la piel; si bastará tal convicción para modificarnos, — en una palabra, si hay propósito de la enmienda, viril resolución de arrostrar el porvenir y dominarlo, ó sólo malsano abatimiento y estériles lamentaciones. — Y así como los místicos se creían dejados de la mano de Dios cuando las fuentes de su alma se secaban y las lágrimas no acudían á sus ojos, auguro mal de nuestro arrepentimiento porque no viene acompañado de llanto y dolor; encuentro fundada la extrañeza con que se comenta, en otros países, el que hayamos tenido fiestas y diversiones y regocijos públicos no menores que los de otros años que no fueron para España terribles; quisiera que sucediese aquí algo parecido á lo que me sucedió en Francia, reciente el desastre y la pérdida de Alsacia y de Lorena: que por no desentonar tuve que dejar mi traje gris de viaje y ponerme uno negro,

pues las mujeres de negro vestían todas, llevando el luto de la patria!

Entre las dos muletillas, la de antes y la de ahora, quizás la última sea menos nociva. La perpetua queja de los castizos contra el extranjerismo, envolvía la afirmación tácita de que no tenemos nada que aprender de nadie. La resobada enumeración de las grandezas clásicas, Otumba, Lepanto, Pavía, Bailén, etcétera, implicaba la persuasión de que basta un pasado para remedio de un presente, y que con los méritos de los difuntos ya pueden hombrear los vivos. El suponer que abundando en nuestro propio sentido caminábamos derechos, equivalía á abrazarnos al error, con tal que hubiese nacido en casa.

Si positivamente estuviere España en uno de esos momentos críticos en que se delibera para cambiar de conducta; si este enfermizo sopor fuese, allá por dentro, la suprema crisis en que se convierte el espíritu á la luz y se ve lo que antes ocultaba un velo; si una reacción secreta y generosa se disfrazase bajo las apariencias del sueño ó del desmayo..., entonces los escritores hallaríamos modo de empezar á decir mucho que callamos, de puro desalentados y de puro escarmentados también. Entonces señalaríamos peligros, indicaríamos reformas, pondríamos el dedo en la llaga quizás. Los escritores somos, en cierto modo, como diz que son los gobernantes, que cada país tiene los que puede tener, y en nuestra patria, escribir *para el público* es escribir *con el público*, so pena de muerte.

Uno de los aspectos en que más le convendría á España no haber sido tan *castiza*, es este de la tolerancia y respeto á la opinión manifestada por escrito, sobre todo cuando difiere de la preocupación general. Se ha necesitado aquí valor á toda prueba, un género peculiar de valor, para indicar por escrito cosas que la conciencia sentía, que el entendimiento preveía, que el tiempo demostró. No faltaba, por ejemplo, quien entendiese que era necesario, y más que necesario urgentísimo, conceder á Cuba, en paz y en buenas condiciones para nosotros, la independencia; pero ¡ay del que se atreviese á susurrarlo! Aun entre un círculo de amigos, cubría nuestra voz la reprobación unánime, cuando manifestábamos, antes de declararse la guerra, ciertos pareceres. Y sin embargo, era tan fácil hacer de Casandra *non unquam credita Teucris*...

Se me dirá que el escritor está obligado á clamar hasta en el desierto. En el desierto, bueno; en el desierto nadie nos hará caso, pero nadie nos tirará piedras tampoco. Lo arduo es clamar metido en la fosa de los leones, ó en el horno de Babilonia. Y lo sadio es tal vez clamar cuando de nada sirve. Los redentores no se sacrifican estérilmente; aspiran á redimir; si no esperasen fruto, se quedarían en su casa bien callados. ¿Puede España ser redimida *aún*? ¿Quién tiene fuerzas para conseguirlo?

No seremos seguramente los escritores, puesto que se nos lee bastante menos de lo que deseáramos. Me sugiere esta reflexión el artículo del *Heraldo de Madrid* que acabo de recibir, que se titula *La leyenda muerta* y que se refiere á la conferencia que pronuncié en la *salle Charras* hace tres días. Quéjase el articulista de que no escribo para el público, ni tampoco Galdós, ni otros varios, y por eso no puedo contribuir á remediar los males de la patria. A fe que siento curiosidad de saber, por lo que á mí respecta, si no es para el público para quien estoy escribiendo sin cesar. Que el público lea ó no lo que le destino, es otra cosa. Acaso no llegue á enterarse de ello, aunque, relativamente y dado el público que en España existe, yo suponía haber llegado hasta él; ¡pero que por mi culpa se quede sin establecer la comunicación!..

«Entre vosotros hablo y enseño todos los días», dijo Jesús; y aunque parezca profanación, que en mi propósito no lo es, y la costumbre de citar textos evangélicos lo autoriza, repetiré esa misma frase. — No tengo autoridad para enseñar; digo mi parecer, y lo digo allí donde puedan oírlo, en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *El Español*, en *La Epoca*, aquí, en diez ó doce periódicos donde colaboro — no en libros misteriosos, recónditos y de difícil adquisición y manejo. — Y si se trata de las cualidades del estilo, tampoco por ellas ha de quedarse nadie sin entenderme. Soy de una claridad diáfana. El que no me comprenda es de los que no ven por tela de cedazo.

Me he quedado, pues, boquiabierto al enterarme de que pecho de *ininteligible*. Todo sea por Dios, y hablemos de Francia.

Este país se encuentra aparentemente dividido y agitado por el famoso *affaire Dreyfus*, que da pasto á las conversaciones y comidilla y entretenimiento á los periódicos; mas si se desdeña la superficie y se busca el fondo, el verdadero estado de Francia, debe notarse que subsiste aquí una tranquilidad casi absoluta. Esas discusiones, esas polémicas acaloradas de

la prensa, los lances personales que de ellas surgen á veces, me recuerdan la tempestad imitada de *Guillermo Tell*. Mientras los actores, en un barquichuelo, luchan con las olas de lienzo y los escollos de cartón, los espectadores, cómodamente instalados en su butaca ó en su anfiteatro, los ven sin temor subir y bajar, girar y hundirse ó salvarse. Francia está en el secreto del *affaire*, convencida de que no pelagra su porvenir. Los trastornos militares..., ¿quién tiene prestigio para causarlos? El golpe de Estado..., ¿quién lo va á dar? — Las revoluciones y los cambios de régimen reconocen siempre causas profundas del orden económico, y en Francia esas causas no existen. En Francia se trabaja mucho y se ahorra tanto como se trabaja. Creo que esto va dicho con claridad pedestre, con un vulgarismo nada literario. El francés sabe ganar y guardar el dinero, y no es caso raro que un mozo de *restaurant* tenga sus diez ó doce mil francos de economías, ó que una modesta vendedora de *quatre saisons*, vulgo legumbres, posea sus cincuenta mil para retirarse al campo á descansar de la vida laboriosa en los años de la vejez.

No existen verdaderas razones para que Francia sufra un trastorno capital. Quizás el *affaire*, mirado así, sea hasta un desahogo conveniente y sano. Una nación tan fuerte, rica, poblada é inteligente como Francia, necesita algo para entretenerse y solazarse, algo que la distraiga, anime y divierta; no cabe tampoco que todos piensen de igual manera; siempre existirán corrientes opuestas en una gran colectividad. Hay en Francia militarismo y espíritu reaccionario; hay radicalismo y nacionalismo; hay judíos y hay antisemitas; hay de todo, y de todo conviene que haya. *Oportet haereses esse*. Es bueno que salten disidentes — para que se entienda. — La cuestión es que los disidentes no lleguen á asfixiar á la patria, y que la opinión, libremente expresada, no adquiera esa fuerza explosiva que tiene el champagne justamente porque lo embotellan. Aquí hay libertad y tolerancia, y mi impresión rápida de viajera es que Francia pertenece al número de las contadas naciones en que el estado de cosas ha llegado á consolidarse por tiempo indefinido.

EMILIA PARDO BAZÁN